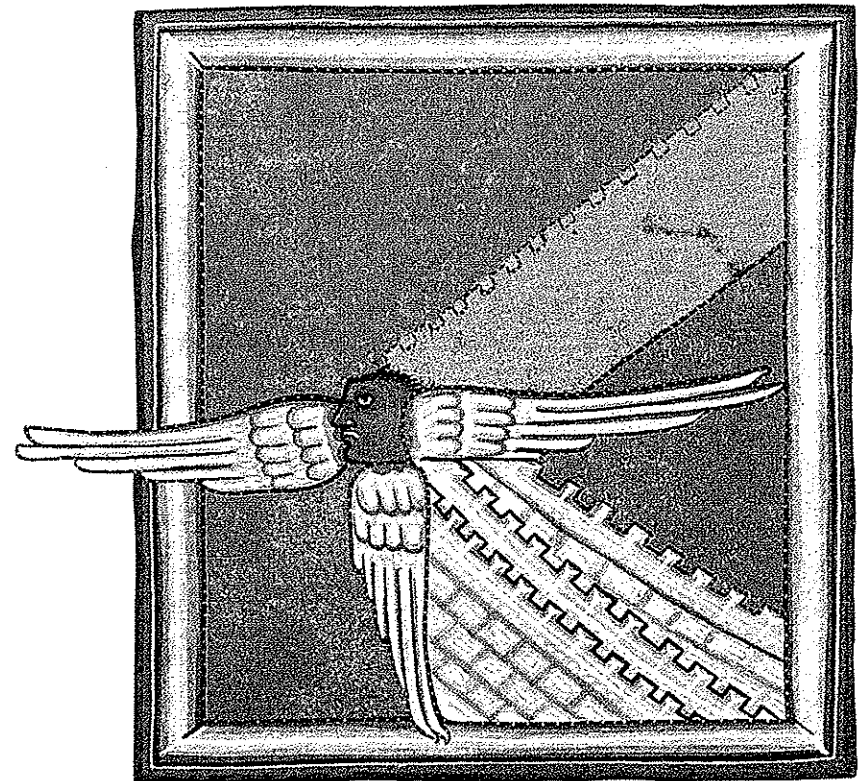


SCIVIAS:

Conoce los caminos



SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS

HILDEGARDA DE BINGEN

242
H643B.E
1998
c. 1

ISBN 84 - 8164 - 330 - 0 /



9 788481 643305



HILDEGARDA DE BINGEN

EDITORIAL TROTTA

H643 m. E
1999
c. 1

LEI

Scivias: Conoce los caminos

Hildegarda de Bingen

Traducción de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro

OC 6445

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
SISTEMAS DE BIBLIOTECAS

29/683

E D I T O R I A L T R O T T A

Casi nueve siglos han transcurrido desde que empezó a difundirse en toda Europa el texto de *Scivias*. *Conoce los caminos* de Hildegarda de Bingen, «un sencillo ser humano» como se define a sí misma. En este texto, que se traduce por primera vez al español, están recogidos la apasionante trayectoria vital de su autora y todos los saberes de su época.

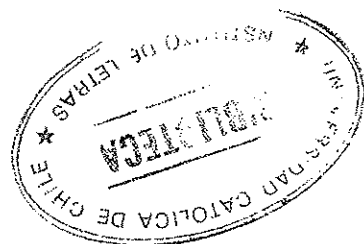
El *Scivias* aparece a mediados del siglo XII y se convierte en texto esencial en toda Europa hasta la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino, más de un siglo después. La obra está marcada por el dinamismo y el carácter concreto de sus visiones, que son de una increíble riqueza.

Son rasgos especialmente significativos del texto la importancia atribuida a los sentidos como fuente de conocimiento y de comunicación con los otros, y su carácter musical, basado en el campo semántico de las palabras, que adquieren una especial relevancia; el propósito de aludir a todas las connotaciones de los misterios —para Hildegarda de Bingen la experiencia mística es algo que debe ser comunicado, como un «clamor»—, cuyas correspondencias son amplias e intrincadas, determina un peculiar estilo de relaciones, variaciones, resonancias y ecos que se dan a lo largo del texto.

En una época en la que prevalecían las descripciones misóginas heredadas de Teofrasto y san Jerónimo, la obra de Hildegarda supone una alternativa a los esquemas tradicionales: yendo más allá del marco de la analogía, integra el elemento femenino en su teología y trata de superar el discurso masculino sobre Dios y los valores tradicionales atribuidos al hombre y la mujer, otorgando un papel mucho más positivo a ésta.

Este libro ha sido publicado con la ayuda del Instituto de la Mujer

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie **Religión**



© Editorial Trotta, S.A., 1999
Sagasta, 33. 28004 Madrid
Teléfono: 91 593 90 40
Fax: 91 593 91 11
E-mail: trotta@informet.es
<http://www.trotta.es>

© Antonio Castro Zafra y Mónica Castro, 1999

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 84-8164-330-0
Depósito Legal: VA-1041/99

Impresión
Simancas Ediciones, S.A.
Pol. Ind. San Cristóbal
C/ Estañó, parcela 152
47012 Valladolid

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	9
Noticia sobre la autora	9
Nota de los traductores	11
Nota bibliográfica	12

SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS

Comienza el libro de <i>Scivias</i> , obra de un sencillo ser humano	15
--	----

PRIMERA PARTE

Primera visión: Visión del Señor sobre el monte santo	21
Segunda visión: El destierro del Paraíso	25
Tercera visión: El universo	47
Cuarta visión: El hombre en su tabernáculo	63
Quinta visión: La Sinagoga	87
Sexta visión: Los coros de los Ángeles	93

SEGUNDA PARTE

Primera visión: La Palabra Encarnada	101
Segunda visión: La Trinidad	111
Tercera visión: La Iglesia	117
Cuarta visión: La confirmación	137
Quinta visión: Las órdenes de la Iglesia	147

Sexta visión: El sacrificio de Cristo y la Iglesia	189
Séptima visión: La antigua serpiente	251

TERCERA PARTE

Primera visión: El que en su trono está sentado	267
Segunda visión: El edificio de la salvación	283
Tercera visión: La torre de la premonición	301
Cuarta visión: La columna de la Palabra de Dios	315
Quinta visión: La ira de Dios	329
Sexta visión: El muro de la Antigua Alianza	347
Séptima visión: La columna de la Trinidad	371
Octava visión: La columna de la salvación	383
Novena visión: La torre de la Iglesia	411
Décima visión: El Hijo del Hombre	435
Undécima visión: Venida del Impío y plenitud de los tiempos	457
Duodécima visión: Siega y vendimia de las naciones	479
Decimotercera visión: Cánticos de júbilo y celebración	487

PRESENTACIÓN

NOTICIA SOBRE LA AUTORA

Hildegarda de Bingen, nacida hace nueve siglos (1098, Renania-1179, Monasterio de Rupertsberg), es una de las mujeres más representativas de la Edad Media en Occidente. Mujer muy observadora y dotada de una particular sensibilidad perceptiva, que dice haber tenido visiones desde la niñez, fue mística, compositora, profetisa, entendida en plantas y remedios, conocedora de los caracteres y enfermedades humanos, de los elementos y fenómenos, interesada por los mitos cosmológicos y los símbolos del mundo, cosas todas sobre las que escribió en sus obras. Monja venerada como santa en Alemania y respetada su doctrina como Maestra de la Iglesia, es universalmente conocida como «la Sabina del Rhin» y «la Profetisa Teutónica».

En su época, las órdenes religiosas femeninas no disponían de un gobierno central y ni siquiera sus monasterios podían edificarse en otras provincias: sus límites absolutos eran las tapias de cada convento, y no se les permitía comunicación exterior. Hildegarda fue una de las primeras mujeres que rompió esas barreras morales y físicas: fundó su propio monasterio en Eibingen, y cuando este se quedó pequeño para albergar a tantas jóvenes como acudían a ella, fundará otro en Rupertsberg. Consultada como un oráculo por papas y emperadores, por santos y nobles, cardenales, obispos, abades y clérigos, como revela su abundante correspondencia, alcanzó una popularidad tan inmensa que, en los últimos años de su vida, se vio obligada, al menos en tres ocasiones, a abandonar el convento du-

rante largas temporadas para recorrer las ciudades de ambas márgenes del Rhin, predicando a fervorosas muchedumbres.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

El *Scivias* —conoce los caminos— es una de las obras teológicas más importantes de Hildegarda de Bingen, de cuyo título habla la autora en una carta, diciendo que así había de llamarse, según le fue revelado en una visión, porque «procede del camino de la Luz, no de otra doctrina», indicando la fuente de su obra; pero, en una de las exhortaciones contenidas en el *Scivias* se lee: «conoce los caminos, buenos y malos, y cuando los conozcas, elegirás cuál de ellos quieres recorrer»; exhortación que sobrentiende la universalidad de una ciencia del bien y del mal —ciencia especulativa, en palabras de la autora— arraigada en la razón humana, en que se fundamenta, pues, toda elección. El *Scivias* se compone de tres partes con sus respectivas visiones y glosas que configuran un relato de la historia de los hombres como criaturas de Dios. Es un recorrido desde los orígenes hasta esa venidera plenitud, día en que todo se habrá cumplido y sobrevendrá la serena y eterna calma de un «fulgor sin fin». A lo largo del texto la autora narra las visiones a las que siguen las glosas que Dios hace de las mismas —en las que se intercalan preguntas, ¿cómo?, ¿qué quiere decir esto?, realizadas, parece, por la propia Hildegarda al modo de los antiguos profetas, e invocaciones en diálogo con el Señor— y en las que intervienen asimismo las virtudes, el Demonio, las almas peregrinas...; mas estas visiones permanecen en presencia de la autora tanto cuanto duran las glosas, por lo que hay una simultaneidad entre la palabra y la visión. En el desarrollo de la obra confluyen símbolos y textos bíblicos en un complejo despliegue espacio-temporal, articulados, con la narración de esa historia plena, en una especie de inmensa sinfonía que culmina en los cánticos finales. La autora dedicó diez años a escribir su *Scivias*, con la ayuda del monje Volmar y su secretaria Richardis von Stade, a quienes se refiere en el Testimonio.

Consideramos que en esta obra se traslucen dos ejes, entrelazados en el texto: el de la palabra con sus ecos, que llamaríamos melódico; y un eje espacio-temporal, de tipo arquitectónico, que integra las imágenes, como observará el lector. Se advierte una voluntad musical —Hildegarda era compositora— que crea complejos paralelismos de imagen y palabra, pugna por ensalzar la palabra elevándola al ámbito del canto y la envuelve en las estructuras de la música;

los sentidos y la organización de las palabras con las imágenes que suscitan, regidos por esta voluntad musical, sufren una especie de fulgurante y violenta transformación; su estilo es, pues, muy oscuro, enigmático y difícil, lleno de variaciones y resonancias intrincadas, de acordes que se repiten, de misteriosos simbolismos. Podemos, entonces, concluir que la urdimbre del *Scivias* es la de una obra musical: una morada de la música que abarca la palabra, la imagen, sus encadenamientos rítmicos, sus reverberaciones en una armoniosa síntesis de las Escrituras. Su redacción latina es, además, francamente «áspera»; hemos evitado verter en su literalidad esa aspereza, que el lector tendrá implícitamente en cuenta y que no pocas veces aflora, para mostrar los rasgos primordiales mencionados, pues su presencia habría sido en detrimento de ellos; se han buscado las metáforas que mantuvieran esas construcciones como de espejo, con sus sentidos ocultos y recovecos que forzaban la sintaxis; y hemos querido conferirle expresividad, ritmo y belleza, acordes a las aspiraciones musicales y poéticas de la autora, con el fin de reflejar esa unión entre palabra, imagen y música por la que parece haber luchado duramente.

La edición crítica consigna las citas de la Vulgata y algunas de las posibles alusiones que figuran en el *Scivias*¹; la traducción de las citas se ha tomado de biblias modernas, pero, por cuanto los pasajes que glosan dichas citas se fundamentan en correspondencias semánticas y constructivas con sus palabras —proceso que se repite en las glosas de las visiones— hemos reseñado si la versión era de la Vulgata, o las discrepancias entre la Vulgata y las biblias modernas que pudieran impedir la comprensión del texto, así como ciertos equívocos, alguno relevante, dimanados de la lectura latina. La edición crítica no incorpora notas de comentario —a excepción de una relativa a la orden monacal—, por lo que, conforme a las razones que acabamos de aducir, realizamos ciertas aclaraciones e interpretaciones, ciñéndonos a los paralelismos bíblicos, y, cuando no existían referencias en la edición crítica, aportamos las necesarias para ilustrar lo que, en ausencia de las mismas, hubiera sido inmotivadamente oscuro. El uso de mayúsculas en los determinantes de la deidad es sólo para evitar ambigüedades y facilitar la identificación del que

1. Incluye, asimismo, referencias a las doctrinas de los padres de la Iglesia, a la regla de san Benito y a otras obras de la autora. Se ha optado por prescindir de dichas referencias y preservar únicamente la consignación de citas y ciertas alusiones, algunas de las cuales han sido incorporadas por los traductores que, en este caso, al tratarse sólo de alusiones, no se señalan como notas de traducción. Esta decisión se ha tomado presuponiéndole al lector un conocimiento general de la Biblia (que le permitirá captar otras muchas relaciones).

habla. Los reiterados vocativos *o homo* se han traducido por «oh hombre», aunque debe tenerse presente su índole genérica.

Con independencia de cuáles sean las causas por las que este texto quedó relegado a esa periferia de la que a veces son recobrados algunos, fuera de los cánones de lectura, sin una tradición interpretativa consistente y, por tanto, sin una sensibilidad ya cultivada que lo acoja, esta recuperación aquí brindada no postula convicciones, de fe religiosa u otras semejantes, que no sean las del raciocinio cuyos instrumentos críticos utiliza. Radica la misión profética de Hildegarda en retomar los cauces de la antigua tradición del clamor, en los que la mística debe ser revelada a plena voz y no escondida, contraponiéndose al estudio erudito hermético. De aquí proviene quizá —entre otras razones— el definirse la autora en la parte de los sencillos, los oprimidos y los «pobres de espíritu», que incluye su condición femenina, como campo sin labranza en que se lleva a cabo la siembra de Dios, pues «hablará por boca de los simples», cercana la plenitud de los tiempos. En este ámbito es perceptible, a nuestro juicio, un rescate de la palabra que es su regreso a una radiante pureza primitiva —paralelo al regreso, en la propia obra, del hombre desde su exilio a sus orígenes— emparentada con la magia de la palabra como creación y fuente de la acción, cuyo apogeo es el canto, designio que parecerá nuevo, pero que los poetas de muchas épocas han hecho suyo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La primera edición impresa de *Scivias* es de Jacobus Faber, en París, 1513. Los manuscritos que maneja el impresor parisino contienen pasajes oscuros o abreviados: de este mismo defecto adolecerá la siguiente impresión de esta obra, —ya que es copia fiel de la editada por Faber, en el volumen 197 de la *Patrologia Latina* (columnas 383-738) de J. P. Migne que comienza a editarse en 1855.

La edición crítica llevada a cabo por Adelgundis Führkötter O.S.B. y Angela Carlevaris S.S.B. recoge todas las diferencias de texto halladas en los diversos manuscritos disponibles y selecciona en cada caso la más adecuada: *Hildegardis Scivias, Corpus Christianorum (Continuatio Medievals)* vol. XLIII et XLIII, A. Brepols 1978. La traducción que presentamos aquí ha sido realizada sobre la edición crítica.

SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS

Hildegarda de Bingen

*Comienza el libro Scivias,
obra de un sencillo ser humano*

Testimonio: estas son visiones verdaderas que dimanan de Dios

Y he aquí que, a los cuarenta y tres años de mi vida en esta tierra, mientras contemplaba, el alma trémula y de temor embargada, una visión celestial, vi un gran esplendor del que surgió una voz venida del cielo diciéndome:

Oh frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre: habla y escribe lo que ves y escuchas. Pero al ser tímida para hablar, ingenua para exponer e ignorante para escribir, anuncia y escribe estas visiones, no según las palabras de los hombres, ni según el entendimiento de su fantasía, ni según sus formas de composición, sino tal como las ves y oyes en las alturas celestiales y en las maravillas del Señor; proclámalas como el discípulo que, habiendo escuchado las palabras del maestro, las comunica con expresión fiel, acorde a lo que este quiso, enseñó y prescribió. Así dirás también tú, oh hombre, lo que ves y escuchas; y escríbelo, no a tu gusto o al de algún otro ser humano, sino según la voluntad de Aquel que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo dispone en los secretos de Sus misterios.

Y de nuevo oí una voz que me decía desde el cielo:

Anuncia entonces estas maravillas, tal como has aprendido ahora: escribe y di.

Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses de edad, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro todo y, cual llama que aviva pero no abrasa, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el sol calienta las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto

dicen las Escrituras: los Salmos, los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento, aun sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos. Pero desde mi infancia, desde los cinco años, hasta el presente, he sentido prodigiosamente en mí la fuerza y el misterio de las visiones secretas y admirables, y la siento todavía. Y estas cosas no las he confesado a nadie, salvo a unas pocas personas que, como yo, también han emprendido la vida religiosa. He guardado silencio, en la calma permanecí hasta el día en que el Señor, por Su gracia, quiso que las anunciara. Mas las visiones que contemplé, nunca las percibí ni durante el sueño, ni en el reposo, ni en el delirio. Ni con los ojos de mi cuerpo, ni con los oídos del hombre exterior, ni en lugares apartados. Sino que las he recibido despierta, absorta con la mente pura, con los ojos y oídos del hombre interior, en espacios abiertos, según quiso la voluntad de Dios. Cómo sea posible esto, no puede el hombre carnal captarlo.

Pero lejos ya la infancia, y alcanzada la referida edad de la plena fortaleza, escuché una voz que me decía desde el cielo:

Yo, Luz viva que ilumina la oscuridad, forjé a Mi placer y milagrosamente esta criatura humana: elegida para introducirla en las grandes maravillas, más allá de lo alcanzado por los antiguos pueblos que contemplaron en Mí muchos secretos. Pero la arrojé a la tierra para que no se ensalzara su mente en la arrogancia. El mundo no ha encontrado en ella ni alegría, ni placeres, ni ciencia en lo que al mundo pertenece; porque la alejé de la pertinaz audacia y es humilde y temerosa en todas sus obras. Ha sufrido el dolor en sus entrañas y en las venas de su carne; atormentados el alma y los sentidos, infinitos quebrantos soportó su cuerpo: no conoce seguridad ninguna y en todos sus rumbos se juzgó culpable. Yo he sellado todos los resquicios de su corazón para que su mente no se enaltezca por orgullo ni se gloríe, sino que sienta temor y pesar más que alegría y jactancia. Por tanto, inspirada por Mi amor, escudriñó su alma, preguntándose dónde encontrar a alguien que corriera por las sendas de salvación. Y descubrió a ese otro, y lo amó, sabiendo que era un hombre fiel y semejante a ella, pues también participaba en las obras que conducen a Mí. Trabajaron unidos, luchando con afán celestial para que fueran revelados Mis hondos misterios. Y, lejos de perseguir su propia alabanza, se inclinó suspirando ante el que había hallado en su ascensión a la humildad y en su designio de buena voluntad. Luego tú, oh hombre, que estas maravillas destinadas a manifestar lo oculto recibes, no en el desaliento de la mentira, sino en la pureza de la sencillez, escribe lo que ves y escuchas.

Pero yo, aunque viese y escuchase estas maravillas, ya sea por la duda, la maledicencia o la diversidad de las palabras humanas, me resistí a escribir, no por pertinacia sino por humildad, hasta que el látigo de Dios me golpeó derribándome sobre el lecho de la enfermedad. Y así fue como, forzada por tantas dolencias, con el testimonio de una joven noble y de buenas costumbres, y también de aquel religioso a quien, según digo más arriba, secretamente había buscado y encontrado, empecé por fin a escribir. Mientras lo hacía sentí, como ya he referido, la inmensa hondura contenida en estos libros y, sanando de mi enfermedad, restablecida mi fuerza, trabajé en esta obra durante diez años.

Estas visiones y estas palabras sucedieron en los días en que Enrique era arzobispo de Maguncia; Conrado II, emperador; y Kuno, abad de Disibodenberg, bajo el papa Eugenio III.

Y proclamé y escribí estas cosas no según la fantasía de mi corazón o el de cualquier otro hombre, sino tal como las vi, oí y percibí en los Cielos, por los secretos misterios de Dios.

Y de nuevo escuché una voz que me decía desde el Cielo:

Clama, pues, y escribe así.